

# LA EPISTEMOLOGIA Y LA CULTURA FILOSOFICA EN LA UNIVERSIDAD (\*)

Por el Dr. CORIOLANO ALBERINI

Ha querido el señor Presidente de las "Jornadas Epistemológicas e Historia de la Ciencia", Dr. Gregorio Aráoz Alfaro, que yo no obstante algunas dificultades personales —demasiado personales— actuara en esta ocasión. A él, al Dr. don Julio Rey Pastor y al Dr. don Carlos Prelat, nuestro secretario, agradezco profundamente la insistencia puesta en la invitación, aunque, en verdad séame permitido decir que estos caballeros son hombres de una bondad simplemente tan irresistible como peligrosa.

Se asegura, y con parte de razón, que algún pequeño esfuerzo me cabe en los orígenes del interés por la enseñanza de la Epistemología e Historia de la Ciencia entre nosotros. Vale la pena traer a cuento algunos antecedentes.

## I

### LA EPISTEMOLOGÍA EN LA ARGENTINA

En 1908 llegó a Buenos Aires la obra del gran epistemólogo Emilio Meyerson, titulada *Identidad y realidad*. Era, por entonces, absolutamente desconocida. Había llegado a la ciencia epistemológica partiendo de la química y culminando en las ciencias todas. Actualmente son bien conocidas sus ulteriores obras, tales como *De la explicación en las ciencias*, *Los caminos del pensamiento*, *La deducción relativista*, etc. Con más entusiasmo que competencia leímos, entonces, la primera de esas obras. Los estudios epistemológicos eran absoluta-

---

\* Ofrecemos el texto inédito de la conferencia inaugural de las "Jornadas de Epistemología e Historia de la Ciencia", que pronunciara el Dr. Coriolano Alberini el 15 de julio de 1948 en Buenos Aires, y agradecemos a la señora Elena Suárez de Alberini su licencia de publicación.

mente ignorados entre nosotros hace cuarenta años. El interés fue suscitado por algunos jóvenes estudiantes de la incipiente e insegura Facultad de Filosofía y Letras, único rincón del país donde, en los corredores más que en las aulas, se cultivaban, en forma de polémica, propia de nosotros, disciplinas filosóficas inspiradas en la nueva filosofía. Como es natural, el grueso y sarcástico buen sentido criollo no tomaba en serio la palabra Epistemología. De ello era responsable el positivismo dominante en la Facultad y en la Universidad toda. Predominaban Comte, Spencer, Buchner, Haeckel, Le Dantec y otros representantes del positivismo, materialismo o naturalismo. También se mencionaba a Taine, Ribot y otros dioses más o menos mayores.

Estos autores, en rigor, no eran estudiados en general, sino más bien leídos; y aún así, en el caso de Comte y Spencer, cundían preferentemente los compendios esquemáticos que acentuaban el dogmatismo de las doctrinas. Se diría que sus discípulos indoamericanos eran hombres leídos más que estudiosos. La lectura directa de los grandes maestros del positivismo, revela a ratos, la inquietud problemática, cuando no la vacilación. Tal el caso de Spencer y Comte. Nosotros, por nuestra parte, aprendimos a superar el positivismo profundizándolo.

Ocurre que las doctrinas positivistas ya eran anacrónicas en Europa; pero no así en Ibero América. Nosotros arremetíamos especialmente contra Comte. Nos ponía de buen humor su religión positiva. Toda una parodia de un catolicismo sin Dios. Ya se sabe que Comte pergeñó un "catolicismo positivista". Y como si ello no bastara, nos endilgó a la joven viuda Clotilde de Vaux, en calidad de improbable Virgen de la religión positiva. Nosotros de puro impertinentes, la llamábamos la "Virgen-Viuda"... Tamaña apologética laica se cultivaba en la clase de ética y metafísica, entonces a cargo de un comtiano. Pero la metafísica nunca se enseñaba. Y todo esto fundado en una filosofía que se presentaba como una rotunda y definitiva síntesis filosófica de la ciencia positiva. Algunos pretendían mutilar la concepción de Comte, borrando la parte que tiene por título "Política positiva" y quedarse en la parte llamada "Filosofía positiva". Fuera mutilar el pensamiento de Comte. En rigor, tenía fibra de apóstol mundano, de corte hierofántico, aunque un tanto prosaico. De ahí el dogmatismo y la estrechez de espíritu que tanto choca en su "Filosofía positiva". No le placía el fervor problemático de la ciencia. Llegó a despreciar el análisis de la naturaleza física de los astros. Sólo le interesaban las cosas de la tierra, de la tierra de Occidente y nada más, pues

sobrábale urgencia de organizador de la humanidad. El pragmatismo terrestre de Comte ponía límites definitivos a la ciencia. El exceso de problemas era considerado por él como una fuente de anarquía intelectual. Para huir de esta anarquía, Comte, merced a agnosticismo tenaz y estrecho, aniquilaba todos los problemas que más interesaban al filósofo y al hombre de ciencia, petrificaba la evolución y el progreso del conocimiento científico, proclamando el carácter inmovible de ciertos principios, comenzando por la ley de Newton. Por eso admite Comte que la libertad de pensamiento es absurda. A nadie se le ocurre, decía, hablar de libertad de pensamiento en física. Y lo mismo corresponde decir, afirma Comte, de los principios jurídicos, filosóficos y de la religión, tal como él la entiende. Los jóvenes arremetíamos contra semejante ideología. Bergson, Renouvier, Boutroux, Croce, Lachelier, etc., eran nuestros preferidos. Los positivistas nos hicieron sospechar que era absurdo construir filosofías ingenuas sobre datos científicos sumarios y dogmáticos. De ahí nuestra admiración por Bergson, entre otros se entiende, pues el epistemólogo viviente nos suscitaba todos los problemas filosóficos. Mayores problemas, claro está, descubríamos en los grandes clásicos de la filosofía y, por entonces, Renouvier, etc., ofrecían una riqueza extraordinaria de cuestiones filosóficas ya demasiado olvidadas por los positivistas, máxime por su tardía prole americana. Su pensamiento agudo, concreto, y la extraordinaria ilustración histórica de la ciencia, nos fueron singularmente útiles para plantear este problema: si se va a fundar una filosofía sobre la ciencia, se necesita, ante todo, conocer la forma y el contenido de la forma. Nada más ingenuo, pues, que imitar a Haeckel y a tantos otros en el arte de construir enormes y vacuas extrapolaciones. Los edificios criptometafísicos de los positivistas temerarios, daban la impresión de Hércules de circo, ducho en el arte astuto de levantar pesas enormes, pero que, en realidad, estaban vacías. La epistemología nos dio oportunidad para comprender mejor el positivismo, llevándonos a la conclusión de que el positivismo de tal no tenía sino el nombre. Si positivismo significa que para saber algo sobre las cosas, hay que consultarlas, es imposible no ser positivista.

Poco después, en nuestra Facultad de Filosofía y Letras, algunos positivistas se dejaban dominar por las veleidades del pragmatismo norteamericano, que en aquel momento tenía un cuarto de hora de sonoridad. Como es lógico, resistimos, también esta filosofía. Admirábamos a William James como psicólogo; pero de filósofo nos pareció categóricamente malo. El entusiasmo despertado por la obra de Me-

yerson, suscitó el interés por los otros grandes epistemólogos, tales como Cournot, Poincaré, Duhem, Le Roy, Stallò, Los Tannery, Enriques, Mach, Russel, Milhaud, etc. Y todos ellos estudiados junto a los grandes filósofos mencionados, con una innegable debilidad por Bergson, por lo menos de un Bergson sentido en forma heterodoxa. Y es sabido que este filósofo se revelaba, no sólo como un gran metafísico, sino también como un gran conocedor de la ciencia. Demás está decir que para comprender sus más célebres obras, como *Materia y Memoria* y *Evolución creadora*, es menester contar con alguna base de ciencias positivas. Todo esto ocurría alrededor de 1910.

Pasaron los años. Después de vivaces luchas verbales en las clases y corredores de la Facultad, pequeños cursos, etc., la epistemología llegó a la cátedra, al libro, a las revistas y periódicos. En 1927, durante un primer Decanato en la Facultad de Filosofía y Letras, propuse la creación de la cátedra de "Epistemología e Historia de la Ciencia". Otras facultades afines imitaron a la nuestra. Fue profesor eminente, por cierto, el Dr. Alfredo Franceschi, quien presentaba una feliz dualidad de filósofo y matemático. Luego le sucedió el Dr. Julio Rey Pastor, quien a su talento, a su saber y a su elegancia mental, agrega el tener sentido filosófico. Ya se ve, pues, que la cátedra empezó bien. Otra prueba de ello está en que hombres como Einstein, Langevin y Drieck, han actuado en la Facultad de Filosofía y Letras. Es interesante recordar, asimismo, los nombres de distinguidos profesores argentinos que escribieron trabajos vinculados, unos más que otros, a la epistemología, como Alfredo Franceschi, Julio Rey Pastor, Enrique Butty, Narciso Laclou, Teófilo Isnardi, León Dujovne, Federico Carrau, Camilo Meyer y tantos otros beneméritos estudiosos que por ahora no conozco. He preferido referirme a los que han actuado desde hace algunos años, puesto que se trata de los orígenes de los estudios epistemológicos en la Argentina.

La epistemología ha de servir para fomentar la colaboración de la ciencia con la filosofía. Dará a los filósofos el culto prolijo de los hechos y exactitud de la expresión verbal. Ya se sabe que existe, aunque no abunda, el tipo de profesor de filosofía en quien no sobra claridad, esa claridad que, según Vauvenargues, es "la honestidad de los filósofos"... Los hombres de genio tienen derecho a ser un tanto oscuros, pues puede ocurrir que la expresión no siempre esté a la altura del pensamiento creador. Los profesores, en cambio, no merecen disculpas si no poseen diafanidad lógica y destreza elocutiva. ¿Para qué sirve el profesor si no tiene estas virtudes formales? Al

exponer sus doctrinas de los grandes autores, el cerebro de estos catedráticos del filosofismo, dan la impresión de una esponja vieja que absorbe el agua limpia y la devuelve turbia. ¡Imaginemos lo que ocurrirá cuando el agua es turbia en su propia fuente!

A los hombres de ciencia positiva, la epistemología les dará el sentido de la profundidad y amplitud de espíritu. Nada más pernicioso, pues, que la confusión mental o el gremialismo científico. Y en verdad que estas "jornadas" son toda una manifestación del espíritu intelectual que aquí se preconiza. Ellos agregarán un matiz nuevo a la mentalidad argentina. Lo mismo dígase del próximo Congreso Nacional de Filosofía, que en breve se reunirá en Mendoza.

## II

### EL CONCEPTO DE EPISTEMOLOGÍA

Procuremos ahora determinar, siquiera en forma sumaria, el concepto de *Epistemología*. No obstante tratarse de un término bastante difundido, máxime en estos días, la palabra tiene un significado por demás elástico, cuando no demasiado angosto. Algunos autores emplean el término como sinónimo de gnoseología, esto es, la parte de la filosofía que estudia el valor del conocimiento mundano en general. A manera de ejemplo, mencionaremos la *Crítica de la Razón Pura* de Kant. En tal caso, el vocablo fuera totalmente superfluo. Otros dicen "Filosofía de la ciencia". La expresión es un tanto equívoca. Puede significar una metafísica de la ciencia petrificada, más o menos ambiciosa, fundada sobre los datos más generales de la ciencia positiva. Ejemplo cabal de ello lo hallaremos en la doctrina de Wundt, en la cual se habla de una metafísica como disciplina que se encarga de darnos una complementación hipotética de la ciencia. Otros prefieren designar, con la palabra epistemología, una reflexión crítica sobre la índole del conocimiento científico. No menos difundido es llamar epistemología a algo más o menos identificable con la ciencia positiva. También se la llama "Psicología de la ciencia", y, por último, otros la denominan "Lógica de las ciencias".

Para fijar un concepto más o menos claro y estable de la epistemología, consideraremos que lo mejor será observar los caracteres esenciales de las obras llamadas de epistemología, especialmente la de los autores más autorizados. Como es lógico, proceder así nos impone usar la palabra en forma taxativa. Para ello, será menester evitar

las discusiones, fatalmente interminables, sobre las clasificaciones de las ciencias que, por lo demás, sólo valen por su carácter práctico, pues, si bien se mira, todas las ramas del saber guardan entre sí límites un tanto flotantes.

¿De qué se ocupan los libros llamados epistemológicos? Si examinásemos las obras de los epistemólogos antes aludidos, notaríamos que sus temas cardinales serían más o menos los siguientes: 1º caracteres específicos de la *verdad positiva científica* en general; 2º estructura formal de la ciencia positiva; 3º fundamentos de la metodología inventiva; y 4º la ilustración histórica de los temas.

Ya se presume, pues, que la epistemología, en sentido restrictivo, es una teoría del conocimiento, y algo más, porque en rigor, la gnoseología no puede ser sino una introducción a la metafísica, importante ciertamente, a una teoría de la realidad. ¿Cuáles son los problemas que preocupan, pues, a los epistemólogos? Muchos son, por cierto. Mencionaremos algunos: la razón, la intuición, la experiencia, el concepto, el juicio, el raciocinio, la metodología, el principio de legalidad y causalidad, el determinismo, la contingencia, el azar, el probabilismo, la cantidad, la calidad, la métrica, monismo y pluralismo, la semántica científica, el análisis de los instrumentos simbólicos de la ciencia, etc.; y, por último, la vinculación del problema epistemológico con los problemas de la filosofía en general.

Pero, —y esto cabe recalcarlo— no basta el estudio abstracto de esos temas, según se hace en los tratados generales de lógica. Es menester señalar, en forma bien firme, —pues se trata de dar relieve singular a nuestra materia— dos caracteres: en primer término, se impone afirmar que la epistemología sólo se ocupa de la verdad sobre la *verdad científica*, y nada más que de la *verdad científica*. La epistemología y gnoseología se ocupan de la verdad sobre la verdad; pero la verdad de la gnoseología, sin duda se ocupa también de la verdad sobre la verdad; pero no toda la verdad interesa a la epistemología, pues ya lo dijimos, y no nos cansaremos de repetirlo, aquí sólo interesa considerar la ciencia de la verdad estrictamente científica. No discutamos, diré de paso, si es legítimo en matemáticas hablar de verdad y no de mero rigor abstracto formal. Ya se sabe que la idea de verdad es inseparable de la realidad. La verdad no puede ser sino verdad de lo real. Pero esta discusión no altera el concepto de epistemología. Existe una epistemología de las matemáticas, y no habrá ningún inconveniente en hablar de la verdad formal de las matemáticas.

En segundo término, es menester, indicar otro rasgo más importante aún, la epistemología indaga, en forma especial, el mecanismo y valor de la verdad científica en un terreno extremadamente correcto, vale decir, a la luz de los principios de las ciencias positivas. El epistemólogo debe sorprender al sabio con las manos en la masa, diremos así. No se puede ser, no se debe ser epistemólogo si no se es, en primer lugar, hombre de gran cultura en materia de ciencias positivas, máxime en punto a matemáticas y ciencias de la naturaleza inorgánica. De las disciplinas biológicas y de las de la humanidad, poco o nada se ocuparon los llamados epistemólogos. No basta con tener una cultura más o menos lógica o gnoseológica en el caso del examen de la noción de concepto, juicio, o raciocinio, etc. Es menester algo más directo, es decir, ver cómo se hace, cómo funciona un concepto en matemáticas, en ciencia de la naturaleza y en ciencia de la humanidad. Una cosa es un invento matemático de Poincaré y otra, muy otra, la reflexión epistemológica que sobre ese invento hace el gran matemático francés. Una prestigiosa teoría epistemológica creada por un filósofo puro, puede muy bien coincidir con la creada por un epistemólogo propiamente dicho. Tal el caso de un Boutroux, cuya doctrina gnoseológica guarda profunda afinidad con la doctrina epistemológica de Poincaré; la de Meyerson que está vinculada con Bergson; la de Croce, con Duhem, y tantos otros casos. Pero la importante es la *especificidad* del camino concreto, aunque limitado, seguido por el epistemólogo, tal como aquí se le concibe. Ya se ve cuánto importa defender la autonomía de la ciencia epistemológica frente a la filosofía abstracta, tal como la forjan los filósofos, y no menos de la ciencia positiva sin reflexión sobre la ciencia positiva misma. Se puede ser un gran hombre de ciencia y sin embargo no tener garra epistemológica. Un epistemólogo, claro está, no necesita ser, él mismo, un hombre de ciencia positiva; pero, es menester que domine el mecanismo íntimo de las verdades científicas.

Un hombre de ciencia es siempre un especialista, y eso no es suficiente para realizar investigaciones epistemológicas. Al epistemólogo le basta con el dominio erudito y crítico de las grandes hipótesis de los aspectos fundamentales de todas las ciencias, amén del profundo conocimiento histórico de la ciencia. Como ejemplo magnífico al respecto, basta mencionar la obra de Meyerson titulada: *La deducción relativista*, que es todo un análisis espectral de la teoría de Einstein, el cual, en carta publicada, reconoció el acierto de la obra. Ambas aptitudes, o sea la epistemología y la científica positiva, pueden no

coincidir en el mismo espíritu. Si fuera necesario abundar en ejemplos, afanosos de huir de la vaguedad, y tomando modelos en otras disciplinas, diríamos que un Geny, maestro en epistemología jurídica, es hombre de derecho, sin duda, y de mucho prestigio; pero logró crear toda una disciplina tan importante como sus teorías jurídicas. Hay materias que exigen un doble saber. Por ello, es difícil encontrar hombres que reúnan la aptitud para una forma del saber a la de la aptitud para reflexionar epistemológicamente sobre ese saber. Un profesor de filosofía en derecho, tiene que conocer filosofía y derecho. Un esteta puede muy bien no ser un artista. Goethe y Carducci, en cambio, son grandes críticos y grandes poetas. No así en el caso de Víctor Hugo, siendo sin embargo un gran poeta. En suma, que cada uno tiene su *forma mentis*. Como dice un refrán italiano: "Dio non da tutto a tutti". . .

Aproximadamente determinado el concepto de epistemología, cabe afirmar que no corresponde afanarse mucho, como si estuviéramos en una clase de lógica general —materia indispensable, por otra parte— en trazar límites geométricos entre epistemología y ciencias afines. Ya lo dijimos, y no nos cansaremos de repetirlo, en estas querellas suscitadas por la autonomía de la ciencia epistemológica, preferible es no hacer cuestión de límites, sino de lo que llamaremos acento criteriológico. La idea de límite hace surgir en la mente imágenes de objetos materiales, y aquí el problema se refiere a fenómenos mentales, es decir, espirituales, que no admiten contornos geométricos. Nada más oportuno que repetir, una vez más, la teoría de Pascal sobre el "esprit de finesse". Sólo así se puede evitar la especialización de la realidad psicológica. Por ello, otro debe ser el criterio para caracterizar la epistemología. He ahí por qué la noción de acento criteriológico nos permite dar personalidad a la epistemología. El acento sobre una vocal, no excluye la presencia y función de las letras no acentuadas; pero el organismo de la palabra cobra relieve en una parte inseparable de las otras. Podrá haber lógica, gnoseología, psicología, historia de las ciencias, ontología, etc., pero la epistemología no se confunde con ninguna de las disciplinas adláteras. Su rasgo esencial reside en el examen lógico o gnoseológico de los principios fundamentales de la ciencia positiva, mediante la presencia perenne de la realidad de la ciencia positiva que se ha hecho y se hace.

Permítasenos una comparación por demás primaria, pero más o menos gráfica. Podríamos decir que la gnoseología es, con su base



ontológica, como la República Argentina y la epistemología la provincia de Buenos Aires, autónoma, grande y rica. La provincia epistemológica, diremos así, posee abundancia de bienes, como ser las ciencias positivas; pero, el conocimiento es algo más que el de las ciencias. La verdad científica es verdad; pero no toda verdad es científica. Si se profundiza, diremos, continuando el símil hallaremos en el subsuelo de todo el país, los problemas metafísicos; y en esto desaparecen las divisiones territoriales. Estamos en plena filosofía, y la filosofía es una e indivisible.

Uno de los rasgos, no menos esencial, de la epistemología, es el espíritu histórico. La historia de la ciencia nos da la visión genética del conocimiento científico, precisamente para comprender mejor la actualidad. La historia de la ciencia puede ser interna o externa. Como se comprende, interesa fundamentalmente la historia epistemológica de la ciencia, es decir, la historia interna, siempre entrelazada con la historia de la filosofía y de la cultura en general. Tocante a la historia externa, nada más útil que la evocación de los grandes descubrimientos científicos; pero esta historia no es la que más interesa. Ejemplos típicos de verdadera historia, interna, esto es, epistemológica, hallaremos en la *Mecánica*, de Mach, y en el *Sistema del mundo* (de Platón a Copérnico), de Duhem; del mismo autor *La teoría física de Platón a Galileo*; y *La ciencia helénica* de Paul Tannery. Interesa la historia de la ciencia cuando se trata de grandes descubrimientos y creaciones científicas, tan grandes que fatalmente modifican la posición epistemológica de la ciencia. Tal el caso de un Galileo, un Newton, un Einstein.

La historia de la ciencia de carácter externo tiene interés para la historia de la cultura; pero no en el terreno de la epistemología. Ésta necesita de un profundo examen genético de los principios de las ciencias positivas, y en esa forma logramos revelar la índole profunda del conocimiento científico. El espíritu genético, por ende, servirá para refirmar eso que hemos llamado la epistemología, como radiografía de la ciencia positiva.

En suma: podríamos intentar una definición en los siguientes términos:

*La Epistemología es la parte de la Gnoseología que estudia, en forma concreta e histórica, la estructura, el valor y los límites de las ciencias positivas.*

## III

## LA EPISTEMOLOGÍA Y LA UNIDAD DE LA CULTURA

Determinado el concepto de epistemología, es natural que surjan nuevos problemas, cuales son los filosóficos. Es inútil burlarse de la filosofía. Ya lo dijo Pascal, que era casi tan inteligente como sus críticos antifilosóficos de todos los tiempos: "negar la filosofía es una manera de hacerla"... Y con no menos razón, se ha dicho que el hombre es un "animal metafísico". Siempre se hace metafísica, más o menos amplia, con o sin espíritu agnóstico. ¿Quién no sabe que cualquier conocimiento vulgar o de sentido común, y la misma ciencia positiva, están cargados en mayor o menor dosis, de criptometafísica operante y que influye en nuestra conciencia intelectual y moral desde el fondo del inconsciente? Vale más, pues, mirar cara a cara el impulso metafísico, mirarlo con viril apostura espiritual, extrayéndolo de la obscuridad del alma, para dominarlo con un máximum de claridad. Pero, como es lógico, no corresponde tratar estos problemas aquí. Sin embargo no es dable eludir la consideración, en forma rápida, de los importantes problemas —unidad de la cultura y especialismo—, con objeto de que la epistemología no exagere su función convirtiéndose de parte en todo. Parte grande, sin duda, mas sólo una parte.

Ciertamente, el hombre no puede ser enciclopédico. Nada más respetable que una relativa "cultura integral", como dicen, — sobre todo si ella está penetrada de incitante levadura filosófica. Ya lo dijo Sócrates: "La filosofía es la espuela en el ijar del noble bruto..." Es el único enciclopedismo asequible, máxime si tiene dimensión filosófica. Pero, no es menos cierto que el especialismo, conservando su lugar, merece el más alto respeto y debe fomentarse.

La epistemología nos deja, por decirlo así, en el umbral de la filosofía superior, puesto que es primer paso hacia la unidad orgánica de la cultura. Esto supone que, en su enseñanza, esté precedida o acompañada por un curso de "Introducción a la Filosofía".

La cultura, teóricamente, es una, como el espíritu humano que la forja, y tiene como esencia la filosofía. Hablar de cultura sin filosofía, permítasenos el símil, equivale a pedir café sin cafeína...

Harto se ha criticado el especialismo, crítica legítima quizá, tratándose de universidades europeas y norteamericanas; pero tal crítica es inaceptable para nosotros. Ésas universidades tienen gran espíritu

científico y el especialismo puede entonces adquirir formas viciosas. No cabe afirmar lo mismo frente a nuestra Universidad, donde la cultura científica y, por ende, el especialismo, está, en general, en sus comienzos. No podemos tener vicios que suponen grandes virtudes. . . Más aún: no cumple saber cabalmente sino una sola cosa; pero también es cierto, que si no podemos dominar todas las formas del saber, al menos una buena educación intelectual debe enseñarnos a respetar lo que no conocemos.

Todos vivimos en nuestra especial torre de marfil; más conviene que esa torre tenga amplios ventanales, en todas direcciones, para columbrar siquiera los paisajes circundantes.

La idea de Universidad está fundada sobre la unidad orgánica de la cultura. ¿Quién no sabe que la Universidad, en la época escolástica, tenía esa unidad, sostenida por una filosofía privilegiada? Un buen día la Universidad perdió su esencia filosófica, trocándose en un hacinamiento de escuelas profesionales. Quedó el esqueleto y se fue la carne y el alma. La universidad es, en rigor, una venerable armadura administrativa, solemne y costosa. Es menester restaurar la unidad universitaria. No cabe soñar con el tipo de unidad escolástica; pero, sí, considerar a la Universidad como órgano de los problemas cardinales de la cultura suprema. Hace años, presentamos un proyecto ante el Consejo Superior de la Universidad proponiendo que no hubiera más doctorado que el de la Universidad, mediante programas de estudios superiores a los de las Facultades. Este doctorado universitario suponía la creación de un "Instituto Supremo de la Universidad", que fuera algo así como el "Colegio de Francia", según quería Max Scheler para la Universidad Alemana, penetrada a su juicio de ultraespecialismo.

El proyecto se tuvo por utopía y no se lo consideró. Pero en las "Bases" que anteceden al Estatuto universitario del año 1932, que hemos tenido el honor de redactar, esas ideas quedaban siquiera como una aspiración. Imaginábamos que la cultura universitaria tiene tres formas: cultura especial, cultura general superior y cultura fundamental. La cultura especial es la que dan las Facultades; pero las otras dos culturas sólo se darían en ese Instituto Supremo.

La cultura general superior está fundada en una serie de materias de carácter optativo, para formar lo que se llama un "hombre culto". No olvidemos que el que tiene un título universitario, en realidad dispone de dos oficios: uno como el de médico, ingeniero, químico, profesor, etc., otro, es el que tiene generalmente sin seguir ningún plan, vale decir, la aptitud para formar parte de la clase dirigente,

penetrada por el sentimiento de los valores cardinales de la personalidad humana y de los más altos intereses espirituales de la Nación. La cultura fundamental es esencialmente filosófica. Los cultores de los primeros principios, los más universales que puede concebir la mente humana. Este tipo de saber fomenta el sentido de la unidad de la cultura. La epistemología, dijimos, es una de las materias que suscitan el primer grado de esa unidad. El segundo paso lo dan las disciplinas filosóficas. ¿Cuál filosofía se enseñará? ¿Es que se trata de imponer un sistema filosófico? No, por cierto. Hemos dicho que lo primordial es la conciencia de los problemas que más interesan al hombre.

En este terreno, todos nos podemos encontrar. Aparte de la dosis de dogmatismo legítimo e indispensable, el espíritu debe ser considerado como superior a sus afirmaciones, pues existe, por lo menos en materia científica y filosófica, un continuo progreso. Con razón dijo un eminente filósofo francés de gran autoridad como epistemólogo, Brunschwig: "La vérité delivre à la condition seulement qu'elle soit veritable"...

Lamentamos, pues, que haya mentalidad especialista sin ese sentimiento de la unidad de la cultura. Se trata de un especialismo que suele tener dos formas: una, como enquistamiento intelectual sistemático. Se diría que aquí el especialista está enamorado de su propia estrechez de espíritu. Este tipo de especialista suele repetir que no cree sino en los hechos. Unamuno dijo a este respecto, que tales especialistas proceden con los hechos del mismo modo que con las ostras: se los comen crudos... La otra forma, es la del especialismo rebosante de megalomanía gremialista; pero, sin un hondo sentido de la totalidad. Con un mínimo de ciencia especial, se construye un enorme credo filosófico. Tal es el caso de Oswald, Le Dantec y Delbet. Estos especialistas, amplios o estrechos, evidentemente, no han pasado por el baño lustral de la epistemología...

Y ahora, para terminar, permítaseme referir una divertida anécdota, pues cabe suponer que un rasgo de buen humor no sienta mal en una reunión de sabios, máxime si se trata de una pequeña verdad histórica.

En enero de 1930, estando yo en Dalehn, cerca de Berlín, fui huésped de la "Harnack-House", sede social de la "Kaiser Wilhelm Gesellschaft", lugar donde figuraban algunos de los más grandes laboratorios de Alemania. De noche celebrábase conferencias a cargo de eminentes sabios de ese país. Terminada la conferencia, pasaban los sabios al bar de la Institución, y allí, frente a las copas con vino del

Rhin, cervezas y las siempre encendidas pipas, se cultivaba el discreto, la broma y la eutrapelia académica. Una noche, Einstein, que precedía nuestra mesa, me dijo, con su habitual picardía alegre —que siempre culmina en una carcajada—, y provocando una impresión de horror cómico en la cara de todos los contertulios: “Le voy a presentar a un sabio interesante”. En efecto, se acercó a nosotros un señor que hablaba un castellano pintoresco. Enterado de que yo era argentino, se apoderó de mí, en medio del silencio sonriente de los otros, y durante media hora vociferó su especialidad, que consistía en la ciencia de los mosquitos, cultivada por él en cierta selva sudamericana que había explorado, y, lleno de fatuidad ingenua, terminó su disertación exclamando: “He descubierto, señor, 47 clases de mosquitos... ¡Esto no lo ha hecho nadie!”

Con todo, hasta ahora podía merecer respeto, porque, efectivamente, sus mosquitos eran auténticos; y sea lo que fuere, se trataba de una hazaña especialista; pero lo grave fue que, por último, en plena exaltación, generalizando sus estudios, entró a la biología del mosquito, de allí a la vida en general, inclusive el hombre, y al fin, ya en un raptó de iluminación mística, cayó en pleno panteísmo candoroso y delicuescente... Como se ve, este microespecialista tampoco había tenido inquietudes epistemológicas.

El hombre es un ser relativo. Cada uno tiene la relatividad que le toca por ser hombre, amén de la individual, y, como es lógico, ello implica la división del trabajo, pero una división fundada en la armonía y en la unidad. Si bien se examina, de aquí se infiere, también, la modestia. Y en caso de no tenerle miedo a las palabras, se vería que esta virtud tiene fundamento metafísico... , pues está en la esencia de las cosas humanas. Razón tenía, por ende Galileo, cuando exento de espíritu pirrónico, nos dejó una declaración, llena de contenido y sutil humanismo, donde flota una ironía del más puro gusto socrático, esto es, cargada de esperanzas: “Questa è una di quelle tante cose ch'io so di non sapere”...

Buenos Aires, 15 de julio de 1948.